

Alma del pasado

Brian Lumley

Traducción:
Ana María Niedo Calvo



Para
M. Evelyn Hartley,
que tuvo mucho
que ver
con esto

Índice

Primera parte

1. En el lago de Yith-Shesh	15
2. Los sueños del lago	18
3. Manek Thotak	23
4. En la tienda de la reina	27
5. La enfermedad de Khai	31
6. La cápsula del tiempo	36

Segunda parte

1. El sueño de los amantes	43
2. Paul Arnott de Londres	47
3. Recuerdos fuera del tiempo	51
4. La historia de Arnott	55
5. El despertar	59

Tercera parte

1. El mundo de Khai	65
2. El desfile del rey dios	69
3. Las órdenes del rey dios	74
4. El aprendiz de arquitecto	80
5. El tiempo trae la noche	85
6. La ira del faraón	92
7. Terror en lo alto	98
8. En el interior de la pirámide	102

Cuarta parte

1. La cámara nupcial	109
2. Entra el faraón	113
3. El monstruo dios	117
4. Conspiración por la libertad	122
5. Huida de la pirámide.....	126
6. Rey de los esclavos	129

Quinta parte

1. La venganza de Adhan	137
2. La visita de Ramanon	141
3. La salida de la ciudad	147
4. Barco de esclavos.....	152
5. En la barcaza de Mhyna.....	158
6. Caminos separados	165

Sexta parte

1. Los negreros	173
2. La trampa	179
3. De vuelta al río.....	184
4. Los mercenarios	189
5. ¡Violación!	193
6. La venida de Khai	197

Séptima parte

1. Conjuero de muerte.....	203
2. Khai... ¡de Kush!	209
3. ¡Carrera hacia las montañas!	216
4. Melembri aguanta el acoso.....	221
5. El castillo de Hortaph	226
6. Lluvia de muerte	233

Octava parte

1. Los progresos de Khai	241
2. La venida de los hechiceros	246
3. El mensaje de los magos	251
4. El frenesí del faraón	256
5. ¡Kush resurge!	261
6. Khai y la <i>kandake</i>	267

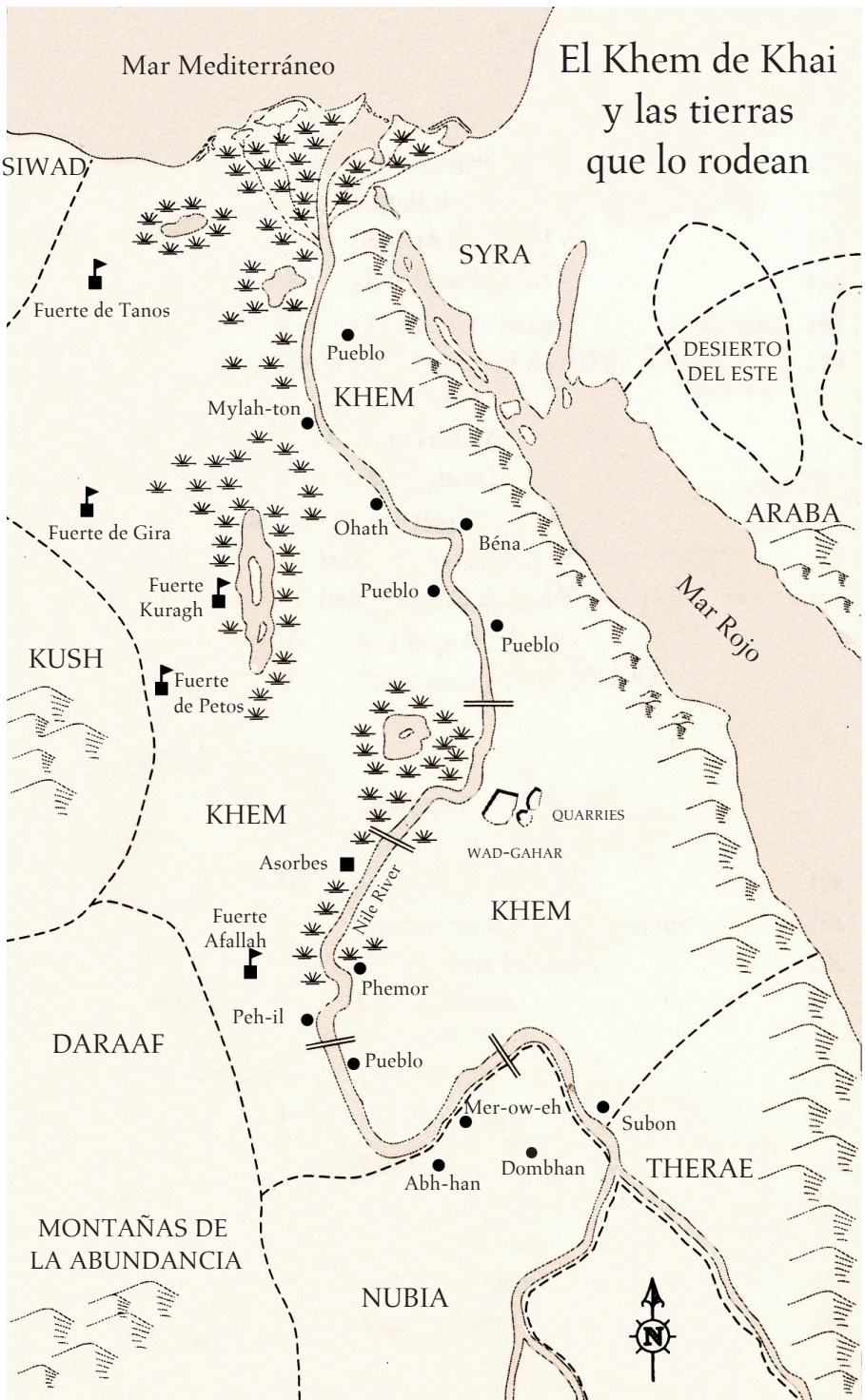
Novena parte

1. Los invasores de hierro	275
2. Magos en la guerra	279
3. Las legiones aladas	284
4. El sitio de Asorbes	290
5. Acuerdo negro	296
6. Flechas rojas	302
7. ¡Fuego verde!	307

Décima parte

1. ¡Tomad la pirámide!	313
2. Hacedores de locura	317
3. Muerte de muertes	322
4. Un hechizo de fascinación	327
5. Venidos de las estrellas	333
6. Una ciudad condenada	337

Epílogo



Primera parte

En el lago de Yith-Shesh

Ashtarta de ojos oscuros, Ashtarta de cabello negro azabache, con piel de pura oliva clara estaba arrodillada junto a la sagrada charca de Yith-Shesh en una cueva en lo alto de las estribaciones de la meseta de Gilf Kebir. El lago no contenía agua, sino un líquido espeso se filtraba bajo la oscuridad de la luna a través de una grieta en el suelo de la cueva; era tan negra como los enormes ojos rasgados de Ashtarta y tan inmóvil como su rostro. Su superficie, al igual que la apariencia externa de la mujer, estaba tranquila... por el momento.

Sin embargo, bajo la superficie...

Reflejado en el lago, el rostro de la reina le devolvía la mirada con unos ojos en los que el brillo negro de las pupilas apenas podía distinguirse del impecable ébano de los iris. Sus pestañas, pintadas de azul, eran largas y curvadas; sobre ellas, sus finas cejas, que al igual que sus cabellos, eran tan negras que llegaban a ser casi azules y eran tan angulosas que casi llegaban a tocar su flequillo, cortado en línea totalmente recta cubriéndole la frente. En la parte de atrás de su cabeza y a los lados sobre sus pequeñas y planas orejas, su cabello parecía ser metálico con su brillo lacado. Se le separaba en la nuca y le caía hacia delante sobre los hombros y se volvía a juntar con un broche de gemas carmesí en el hueco de su largo cuello; desde ahí caía en una banda ancha hasta detenerse en una perfecta línea recta justo por encima de su ombligo. Su nariz, pequeña y recta, era perfectamente simétrica y tendía a levantarse de forma altanera; entonces sus diminutas fosas nasales se mostraban oscuras, con forma de lágrima y en ocasiones llameantes. Su barbilla era pequeña, cuadrada y firme, y también podía inclinarse en advertencia cuando Ashtarta se enfadaba.

Las facciones del rostro al que miraba, el suyo propio, eran extremadamente bellas, clásicas como las de otra mujer cuyo rostro adornaría las

páginas de los libros de texto miles de años después; pero Nefertiti sería una reina de Khem (o Egipto, en lo que se convertiría Khem antes del tiempo de Nefertiti) mientras que Ashtarta era una *kandake* de Kush. Además, Khem y Kush eran enemigos, como polos opuestos, lo habían sido durante cientos de años y así seguirían hasta que uno de ellos fuera destruido, o hasta que ambos desaparecieran a causa del tiempo o de los saqueos de la guerra.

Era por la presente guerra entre Khem y Kush que Ashtarta estaba allí en la cueva, arrodillada junto al lago negro de Yith-Shesh. Su ejército, bajo la dirección de los generales Khai Ibizin y Manek Thotak, había bajado desde la meseta de Gilf el Kebir hasta Khem, hasta las propias aguas del Nilo para golpear al reino del faraón Khasathut en el mismísimo corazón. Había puesto sitio a la fuertemente amurallada ciudad de esclavos Asorbes, cuyo centro era la futura tumba de Khasathut, una gran pirámide que tardó cuarenta años en construirse y que ya estaba prácticamente lista para recibir su momia cuando por fin muriera el tirano; y para entonces la *kandake* ya habría recibido noticias de su victoria.

Se preguntaba si podría ser que los magos y nigromantes del faraón hubieran hecho retroceder a su ejército. Seguro que no. A pesar de todo, en sus cinco años de reinado había visto suficiente como para descartar la idea de plano. Esa era la razón por la que ahora se encontraba allí, esperando a Imthra, el hechicero que le había prometido una visión. Sin embargo, Imthra ahora ya era viejo y no podía subir la montaña del lago con la rapidez que lo hacía antes. A Ashtarta le parecía que había estado esperando mucho tiempo. Ahora, por fin oía el silbante ruido de la respiración y el arrastrar de sus pies cubiertos por sandalias; levantó la vista.

El anciano, cuya larga y suelta barba blanca parecía arder y dorarse al captar la luz del sol de la media tarde, antes de que la sombra de la boca de la cueva cayera sobre él, por fin arrastró sus pies hasta su soberana presencia. Los jeroglíficos dorados de su túnica negra de mangas anchas continuaron brillando incluso en la oscuridad de la fría cueva, mientras que una luz más rojiza quemaba a través de los agujeros de un diminuto recipiente que colgaba de su manga con una tira de piel, y sus ancianos ojos se acostumbraban a la penumbra para poder ver a Ashtarta, que estaba arrodillada junto al lago.

El anciano la vio y contuvo la respiración. A pesar del agotamiento por su avanzada edad, y a que todo el fuego de su interior se había apagado verdaderamente, la *Kandake*, la biznieta de su propio hermano ya muerto hace muchos años, era tan hermosa que era capaz de dar alas incluso a su viejo corazón. Era una belleza, pensó, que podría despertar a los muertos.

La reina llevaba una túnica muy ajustada con un broche en el hombro izquierdo. Sus brazos, cuello y seno derecho estaban desnudos. Sin embar-

go, a pesar de estar ataviada con gran sencillez, su belleza le pareció casi inmortal al anciano hombre, como una perla perfecta en la oscura carne de una ostra; de manera que Ashtarta resaltaba en la penumbra de la cueva. Parecía más una diosa que una simple reina, pensó Imthra, excepto porque él ya no creía en las antiguas deidades. No, porque estaban muertos, tanto como el, hasta hace poco, verde Sahara; burlados, escupidos y asesinados por las negras crueldades de Khasathut, destruidos por sus nigromantes y magos.

Imthra se postró, sus ancianas articulaciones le crujieron sonoramente cuando se arrodilló, primero sobre una rodilla y luego a cuatro patas sobre el polvo del suelo de la cueva. Ashtarta no hizo intento alguno de detenerlo. No tendría sentido. Ya era demasiado tarde para protestar por un amor, lealtad y devoción de ya más de ochenta años, que el anciano mago había entregado a Ashtarta, a su padre y al padre de este antes.

Tocó el suelo con la frente y ella le puso la mano sobre su melena blanca.

—Levántese, padre, y pongámonos a la visión. Me parece que si todo fuera bien seguramente ya habríamos tenido noticias de Khai y Manek.

—Sí, *kandake*, es bien cierto que puedes tener razón —le respondió, arrodillado junto a ella al borde del lago—. Sin embargo, debo advertirle que el lago de Yith-Shesh ya no es el cristal transparente que fue en su día. Tal vez ya no se pueda confiar en sus imágenes totalmente, con frecuencia sus significados son oscuros.

—Aun así —le dijo—, veremos lo que tengamos que ver.

Se giraron hacia la brillante superficie negra del lago e Imthra rebuscó entre el contenido de una pequeña bolsa de piel. Después, le hizo señas a la reina para que se apartara un poco del lago, comenzó su invocación transmitida por sus ancestros también magos. La cadencia de su anciana voz se hizo extraña, así como las energías que comenzaron a llenar el aire de la cueva.

Después, en el punto más alto de sus cánticos, comenzó a girar el recipiente que le colgaba de la manga sobre su cabeza con la tira de cuero. Pronto empezó a emanar un humo perfumado, y cuando Imthra lo vio destapó el frasco. Una vez que hubo concluido su invocación, y su eco había desaparecido en la distancia y había sido sustituido por un inquietante viento que llenó la cueva, el anciano alargó una mano temblorosa y derramó el contenido brillante de la pequeña vasija sobre la superficie del lago.

Los sueños del lago

De repente, el lago se incendió; ardía con una tenue luz azul que estaba formada por un millón de diminutas llamas titilantes que bailaban en la oscura superficie y la tornaban de un azul luminoso. Las sustancias herbales que Imthra había derramado sobre el lago ardían, emitían un humo perfumado y embriagador que inmediatamente atacó a los sentidos de Ashtarta y del propio mago. Allí estaban los dos arrodillados entre sombras parpadeantes y, de repente, las mentes del anciano y de la joven reina dieron vueltas, giraron caóticamente durante una media docena de latidos de corazón, y después se tranquilizaron cuando las pequeñas llamas comenzaron a apagarse sobre la superficie del lago de Yith-Shesh. Y mientras las llamas parpadeaban y se apagaban, el juego de fuegos azules sobre la oscura superficie de espejo parecía formar imágenes en movimiento.

Los dos suspiraron como una única persona y se inclinaron hacia delante para poder leer mejor el mensaje de las llamas. Miraron y... vieron. Y mientras el humo se levantaba y se hacía cada vez más denso en el interior de la cueva, por fin Imthra y Ashtarta sucumbieron, justo cuando el viejo mago sabía que lo harían; cayeron en sueños pesados de figuras etéreas y fantasmas sin forma...

—¡*Kandake*, majestad, por favor, despierte! ¡Y usted, mago, usted, Imthra, levántese!

—¿Qué? ¿Quién es? —balbució el anciano a la vez que el zarandeo de unas manos nada suaves lo despertaba. Levantó la vista desde el suelo de la cueva y vio a un joven guerrero arrodillado junto a él. El joven lucía la insignia de un auriga, pero llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo. Por eso

era por lo que no había ido con el ejército tres meses atrás, montaña abajo, para luchar en la batalla contra las tropas de Khasathut en el valle del Nilo.

—Despierte, Imthra. Soy yo, Harek Ihris. Levántese, anciano, y despierte a la reina. Viene un jinete, está a dos o tres horas. Los espejos anuncian su llegada.

—¿Qué? ¿Un jinete? ¡Un mensajero! —Ayudado por Harek Ihris, el anciano se incorporó. La reina también lo hizo, sus excitadas voces la habían hecho despertar; se movió.

—*Kandake* —dijo Imthra sin aliento—, se acerca un jinete de Asorbes, del campo de batalla. No hay duda de que trae noticias. Los espejos anuncian su llegada, que será en pocas horas. Cuando caiga la noche, entonces estará aquí.

Ashtarta se puso en pie y Harek Iris ayudó a Imthra a levantarse. Salieron de la cueva y respiraron el fresco aire de la noche. Ya muy bajo, colgaba el sol en el cielo del oeste, y hacia el este algo relampagueó con rapidez, algo muy brillante que reflejó la luz dorada del astro que se ocultaba lentamente.

—¿Veis? —dijo Imthra a la vez que señalaba con un dedo tembloroso—. Los espejos de nuestros vigilantes nos hablan con la voz del propio Ra.

—Ra es un dios de Khem, anciano —replicó tajantemente la *kandake* a la vez que fruncía el ceño—. Además, nosotros somos hijos de Kush. El sol es el sol, no es más dios que los supuestos cocodrilos sagrados que la gente del faraón también venera.

—Como usted diga, reina —murmuró el anciano mago, aunque en lo más profundo de su interior sentía que siempre habría algo de divino en la resplandeciente caldera solar. Se giró hacia Harek Ihris—. Adelántate, joven. Nosotros te seguiremos a nuestro paso. Tenemos cosas de las que hablar.

Mientras el joven soldado bajaba con rapidez por el abrupto y empinado camino de la montaña, Ashtarta lo llamó:

—Y cuando venga el jinete, asegúrate de que lo lleven directamente a mi tienda. Y haz que haya carne y vino preparados...

Una hora después, mientras se acercaban al pie de la montaña, más una alta y empinada estribación que una montaña propiamente dicha, por fin Ashtarta e Imthra encontraron tiempo para hablar. Hasta entonces habían guardado el aliento, se habían ayudado el uno al otro allí donde el camino era más empinado o donde su superficie era menos estable y más traicionera. Ahora, mientras la pendiente se hacía más suave y se acercaba a las

tiendas del campamento, que había sido levantando junto a un lago rodeado de árboles, palmeras y arbustos verdes, Imthra le preguntó:

—¿Vio algo, hija, en el negro cristal del lago de Yith-Shesh?

Ella lo miró, frunció el ceño, y por fin asintió.

—Sí, vi algo...; en realidad, vi muchas cosas. Pero para mí, no tenían sentido alguno. Venga, Imthra, usted es el mago. ¿Qué ha visto usted en el lago?

—*Kandake*, yo... —titubeó, pero enseguida continuó—, como ya le he explicado, con frecuencia las imágenes que muestra el lago mienten, o en el mejor de los casos presentan una confusa u oscura...

—Ha visto el mal, ¿no es eso?

Imthra bajó la mirada hacia sus pies envueltos en unas sandalias y simuló escoger dónde pisaba con sumo cuidado.

—Vi... algo. Su significado puede no ser fácil de explicar. Por eso, no me pregunte, Ashtarta, puesto que mi visión no haría otra cosa sino perturbarla, puede que innecesariamente. Sin embargo, los ojos jóvenes, a menudo pueden ver las cosas con mucha más claridad que los viejos. ¿Qué fue lo que vieron sus ojos en el lago de Yith-Shesh?

A pesar de lo joven que era, Ashtarta era muy sabia. No presionó al mago para que le diera una respuesta, en su lugar, le contó sus propias visiones.

—Yo vi carros sin bueyes, sin caballos y que se movían tan rápido como las estrellas que caen del cielo —comenzó a contarle mientras sus enormes ojos rasgados se asombraban—. Los carros llevaban a muchas personas, todas ellas vestidas de manera muy extraña con atuendos maravillosos. Vi enormes pájaros que servían a aquella gente, la llevaban en sus tripas sin comérselos; y barcos que funcionaban en el océano sin velas, ¡y que eran tan largos como un lado de la pirámide de Khasathut! Y también vi enormes campamentos, más grandes con diferencia que todos los de Kush y Khem juntos, con moradas de piedra más altas que las montañas abarrotadas de gentes de toda clase y color, millones de ellas. Entonces...

La reina se dio la vuelta rápidamente, cogió a Imthra desprevenido y con sus ojos llenos de preocupación estudió el rostro del anciano.

—Entonces vi al general Khai, mi futuro marido, que vino a mí de niño desde Khem. ¿Usted también vio a Khai, Imthra?

—¿Khai? ¿El general Khai? ¿El caudillo? —Se esforzó lo máximo que pudo en parecer sorprendido.

—¿Conoce a algún otro? —Ella lo miró con sospecha a través de sus ojos cubiertos por seda, como un gato precavido que corretea detrás de un ratón.

—No, *kandake*, claro que no —balbució Imthra—. Y no —mintió—, no vi a Khai en el lago de Yith-Shesh. Mis visiones no tienen consecuencia

alguna comparadas con las suyas. Ahora, por favor, continúe, hija —la urgió—. Continúe, cuénteme qué más vio. Cuénteme acerca de Khai, el general.

Por un momento más, la *kandake* observó el rostro surcado por las arrugas de Imthra. Después se relajó y dijo:

—Hay poco más que decir. Él tenía alas; él estaba en lo alto de una montaña verde en una tierra salvaje, extranjera y escarpada; volaba. Entonces... algo se lo llevó al cielo, como un halcón gigante. Cayó al suelo. Después de eso ya no vi más.

Ahora caminaban a través de matas de hierba tosca y punzante entre las tiendas. Justo frente a ellos, junto al oasis alimentado por el manantial que era la laguna, se erguían los tonos escarlata y dorados de la enorme tienda de Ashtarta, la cual refulgía bajo los últimos rayos del sol que se escondía tras dos montañas gemelas. Silueteada contra la tienda, cuyo color se fundía con el del vestido de la reina, la piel de Ashtarta parecía casi verde, exóticamente bella.

Una sierva a la entrada de la tienda le hizo una reverencia y le besó la mano que la reina le había tendido. Antes de entrar, Ashtarta se giró hacia donde Imthra se había detenido.

—Cuando venga el mensajero, ¿lo traerá ante mí?

—Por supuesto, *kandake*. —El anciano mago le hizo una reverencia y comenzó a alejarse a la vez que caminaba de espaldas.

—Imthra, también...

—¿Majestad?

—Mientras esperamos, ¿igual podría pensar un poco en el significado de mi visión?

—Majestad. —Le hizo una reverencia para demostrar su obediencia.

—Y al significado de la suya propia... —prosiguió a la vez que lo atravesaba con la mirada—, cualquiera que fuera...

Mientras la reina se dio la vuelta y se alejó de él para adentrarse en el perfumado lujo de su tienda, Imthra le hizo una última reverencia y se estremeció cuando sintió el primer frío de la noche entremeterse en sus viejos huesos. Debería considerar el significado de su propia visión, ¿no? No sería muy necesario cuando el mensajero, quien llegaría allí lo suficientemente pronto, sin duda podría explicárselo a él. Y estaba seguro de que lo que le iba a contar no iba a ser de su agrado.

Así que el anciano se alejó de la tienda de Ashtarta y se dirigió a su mucho menos suntuoso aposento; un modelo bajo y negro con cuatro postes, numerosos símbolos de plata cosidos en las paredes y borlas negras colgando de cada esquina. Supuso que podría mirar su piedra mágica de ver

el futuro; podría haber algo que ver allí, aunque lo dudaba mucho. Sus ojos eran entonces de muy poca ayuda para desvelar misterios, y su mente no era mucho mejor. En cuanto a la visión que había tenido en el lago, ¿qué otra interpretación podía haber aparte de la más obvia?

Había visto a Khai, sí. Lo había visto tumbado boca arriba en una cama de color negro funerario, con siniestros humos azules saliendo de siete incensarios que lo rodeaban, mientras unos magos, que no dejaban de entonar cánticos con tocados extraños de cuernos y aspecto de *pschent*, llevaban a cabo un antiguo rito. Era una ceremonia tan antigua como el tiempo, venía de los antiguos períodos anteriores a Khem y a Kush, Therae y Nubia, incluso antes de que las primeras tribus de las colinas y los valles vinieran del este y del sur a asentarse alrededor del valle del Nilo. Los sacerdotes de hielo perdidos en el tiempo de la importante Khrissa la conocían, así como los señores de Lemuria con sus cabezas alargadas, cuya sangre extranjera se rumoreaba ahora que incluso corría por las venas de los faraones de Khem; también la practicaban en el legendario Ardlanthys.

Además, Imthra había reconocido la ceremonia inmediatamente, a pesar de que las gentes de Kush no la practicaban. La había reconocido a pesar de determinadas anormalidades básicas, a pesar de una muy peculiar circunstancia. Con aquel rito era con el que los khemitas mandaban el *ka*, o fuerza vital, de una persona muerta a su camino hasta el otro mundo, ¡excepto que por el lento movimiento ascendente y descendente del pecho de Khai, Imthra había sabido que el joven general no estaba todavía muerto!

Manek Thotak

A casi trescientos cincuenta kilómetros y a unos pocos al oeste del Nilo, más allá de las enormes y malditas zonas de sabana, pantanos y bosques, donde ahora todos los árboles habían sido aplastados o arrancados desde las raíces y la hierba no era más que rastrojo negro, el faraón Khasathut había construido Asorbes, su ciudad con muros titánicos, su fortaleza.

El corazón de la ciudad era una pirámide dorada, que ya estaba casi terminada, cuya base ocupaba unas cinco hectáreas. Había sido construida con quince millones de toneladas de piedra amarilla, y llegaba a una altura de casi ciento cincuenta metros. En un tiempo futuro, sus bloques caídos de piedra caliza exquisitamente tallada serían llevados río abajo, unos ciento cincuenta kilómetros, para ser utilizados en un monumento menor que un día los hombres llamarían «la gran pirámide», y catalogarían como una de las Siete Maravillas de la Antigüedad. La pirámide de Khasathut no sobreviviría al paso de los años, no, pero si lo hubiera hecho, con seguridad hubiera sido la primera de tales maravillas.

Centro de todas las tierras del faraón, que hasta hacía muy poco habían incluido todo el delta del Nilo así como su valle desde el mar Mediterráneo hasta la cuarta catarata, y desde el mar Rojo hasta los pantanos, bosques y sabanas del oeste, Asorbes se erguía enorme y hasta ahora inexpugnable. Khasathut había empleado ciénagas infestadas de cocodrilos como barrera contra las tribus renacientes de la montaña de Kush, a cuyas gentes él había esclavizado por millares para el mantenimiento de su ciudad fortaleza y su tumba pirámide, una tarea que a él lo había absorbido por completo y a ellos los había destruido por incontables años. En aquel momento había pocos esclavos kushitas en Asorbes, ya que se habían negado a reproducirse para el faraón y su sangre por fin se había extinguido; pero había sido la sangre de una raza orgullosa y fiera y los reyes y *kandakes* de Kush no descansarían jamás hasta que los agonizantes fantasmas de su gente no dejaran de gritar pidiendo venganza.

Ahora, las sabanas estaban arrasadas hasta la tierra desnuda, los bosques estaban cubiertos de desechos y los pantanos se habían secado por arte de magia desde la pared oeste de la ciudad hasta donde alcanzaba la vista. Ahora, también, la mitad del ejército de Kush sitiaba triunfante la ciudad y esperaba órdenes de Ashtarta; aunque no había celebraciones entre los adustos guerreros fuera de las murallas. En el momento de su triunfo, el general Khai había sido secuestrado, el enemigo lo había capturado y los magos negros de Khem se lo habían llevado al interior de Asorbes. Su compañero y también general Manek Thotak, había negociado con Khasathut para salvar la vida de Khai, y las palabras del faraón habían forzado una tregua a cambio de la libertad del joven general. Una tregua y la retirada del ejército de Ashtarta de los arrasados territorios de Khem.

Manek Thotak, de propia iniciativa, había aceptado tales términos; sin embargo, cuando bajaron a Khai por las paredes de Asorbes hasta las manos de sus hombres, se vio que estaba afectado por una extraña enfermedad. No estaba muerto, pero era como si lo estuviera.

A pesar de todo, el faraón había cumplido su palabra y su parte del acuerdo arteramente, y por ello Manek Thotak había ordenado la retirada inmediata del ejército de Kush; además, como sabía el amor que Ashtarta sentía hacia Khai, hizo los preparativos para el inmediato regreso del general a Kush. Sin embargo, Manek había sobrevalorado su autoridad con las tribus que antes estaban bajo el mando de Khai, en especial con sus nubios. Los jefes de su ejército de guerreros kaffir se negaron a levantar el sitio y estaban resueltos a esperar junto a las enormes murallas a que Ashtarta tomara una decisión.

Sin duda la *kandake* se sentiría obligada a aceptar los términos que había acordado Manek Thotak, pero si no lo hacía... las legiones de Khai Ibizin esperarían allí, a la sombra de los muros de Asorbes, hasta que tuvieran una respuesta de la propia reina. Si su palabra era «paz», entonces, aunque a regañadientes, se marcharían.

Sin embargo, si su palabra era «guerra»...

A muchos kilómetros de los pantanos secos y los bosques destrozados, a gran velocidad hacia el oeste, Manek Thotak lideraba a cincuenta hombres a través de la tierra baldía que hasta hacía muy poco había sido una enorme sabana. Iba en un carro junto a uno de sus tenientes, tras él sus hombres montaban ponis y vigilaban otro carro central en el que entre pilas y pilas de suaves pieles, rebotaba sin lesión alguna la figura de cera de Khai Ibizin cuando el carro atravesaba el árido suelo.

Manek había dejado a los ochenta mil guerreros de su compañero en un campamento temporal a un kilómetro y medio hacia el interior del bosque muerto, en un claro de árboles rotos y hendidos. Allí los había llevado, muchos agolpados en carros tirados por caballos, unos cuantos en carros para dos hombres y el resto a pie o sentados de dos en dos en los lomos de robustos ponis de montaña; y ahí los había dejado para que esperaran. Después, Manek se había marchado con sus cincuenta hombres y el carro que llevaba a Khai, había enviado a un jinete solitario adelantado para avisar de su llegada y para que preparara a la *kandake* para un gran disgusto. La guerra con Khem estaba prácticamente ganada, pero habían perdido al general Khai.

Manek sabía perfectamente que no debía dejar a sus regimientos acampados demasiado cerca de las tropas del general Khai, ya que eso habría causado con toda seguridad problemas innecesarios. Después de todo, los ejércitos se habían formado con tres naciones diferentes, que a su vez se componían de diversas tribus; y ya era bastante malo que los hombres de Khai rechazaran su autoridad respecto al sitio de Asorbes como para exacerbar más las cosas. Sus propias tropas no aceptarían tampoco que los hombres de Khai no hubieran acatado sus órdenes. Puesto que muchos de aquellos pequeños reyes habían sido rivales hasta hacía muy poco, podían volverse los unos contra los otros en su ausencia; por lo que movió sus regimientos a su actual posición.

Durante ese traslado, habían avanzado con una delantera de cuatro metros de ancho con flancos de medio metro de largo. Ahora, en comparación, Manek se sentía prácticamente desnudo. Sus cincuenta hombres no parecían más que un puñado; todo eso a pesar de que sabía que a aquel lado del Nilo no había nada que pudiera suponerle amenaza alguna. Todas aquellas tierras ahora pertenecían a la *kandake*, si las deseaba. Sin embargo, Manek creía que ella cumpliría lo que él había acordado con el faraón. La reina era una mujer honorable y con toda seguridad se daría cuenta de que si él no hubiera llegado a un acuerdo con Khasathut, para entonces Khai Ibizin estaría muerto.

En realidad, el general estaba vivo, si es que tal estado podía llamarse vida, aunque no podía comandar los ejércitos de Ashtarta más de lo que podría hacerlo un bebé. Además, ya no era contendiente para la mano de la reina, ya no era una amenaza para las ambiciones del propio Manek.

Manek ordenó a su conductor que frenara hasta que tuviera al lado el carro que llevaba a Khai. Miró al enfermo general y frunció el ceño bajo el casco de guerra de bronce.

—Mira, viejo rival —dijo en voz muy baja—, mira en lo que te has convertido... Tú siempre habías sido su favorito y lo sabías, aunque yo

nunca lo adiviné y tú nunca diste muestras de ello. Ella nos quería a los dos, pero a mí como a un hermano. Tú... —Chirrió los dientes y ordenó a su conductor que acelerara otra vez—. A ti te amaba como a un hombre, por tu piel clara y tu cabello rubio. ¿Y cómo te va a querer ahora, me pregunto, con tu boca abierta y tus ojos vacíos que miran al infinito?

—Señor, veo por el gesto de su mandíbula —dijo el conductor de Manek—, que su dolor por ver tan quieto al general Khai es muy grande. Me pregunto qué mal lo aquejará. ¿Se trata de alguna enfermedad contraída en las celdas del faraón, dentro de los muros de Asorbes, o de alguna artimaña de los magos negros de Khasathut?

—¿Por qué me lo preguntas a mí? —le respondió Manek girándose hacia él—. ¿No hay suficientes problemas como para que tú busques más? Deja al general Khai en paz. Lo que se pueda hacer por él se hará. Ocupate de conducir. Estoy dolorido del viaje de la noche. ¡Nunca he sufrido tantos cardenales!

—Mi señor, yo solo...

—¡Cállate! —le ordenó Manek—. Y mira —cambió de asunto—, ¿no he visto el reflejo de un espejo justo ahora?

—Sí, señor. Los espejos nos han estado hablando durante una hora o más. Desde que salió el sol. Dentro de un poco, en una hora, llegaremos al campamento de la *kandake*. Ya espera su llegada con el general Khai, nuestro jinete le llevó su mensaje anoche y desde entonces ella no ha dormido y le ha esperado a usted. Los espejos nos han dicho todo esto, pero usted no ha estado mirando. Su mente ha estado ocupada en cosas más importantes y por eso no ha visto cómo hablaban los espejos ni lo que decían.

—Sí, tienes razón. —Manek no vio razón alguna para negarlo—. Mi mente ha estado con el general Khai. Era un guerrero entre los guerreros.

—Sí que lo era, señor, ¡aunque fuera khemita! ¿Cree usted que habrá una cura para él?

—¡No lo creo! —respondió Manek con dureza. Después, al ver la expresión de sorpresa de su conductor, añadió—: ¿De qué sirve alimentar falsas esperanzas? Ahí lo puedes ver, yace como un muerto. En realidad, se está muriendo. Sin embargo, si los médicos de Kush pueden salvarlo, entonces lo salvarán. Ahora, dejémoslo estar, amigo, y concéntrate en conducir. Llévame a mi hogar, a las colinas de Kush. A Kush... y a la reina que espera allí.

En la tienda de la reina

Estaba recién entrada la tarde. Durante toda la mañana, Manek Thotak había sido cuestionado por la *kandake*, casi hasta el punto de parecer un interrogatorio, y con casi ningún resultado. Los tres médicos reales habían atendido a Khai en su lecho en la tienda de Ashtarta y un hombre lo había proclamado envenenado y al borde de la muerte. Uno de ellos, Hathon-al, había dicho que creía posible que el general tan solo estuviera poseído por los demonios y que quizá sería posible hacerlos salir, practicándole un pequeño agujero en la cabeza.

La trepanación era una operación que Hathon-al ya conocía; su padre le había practicado un exorcismo similar a una joven unos treinta años atrás. Sin embargo, por los años que habían pasado, no estaba totalmente seguro de las posturas y encantamientos; pero de todas maneras estaba bien dispuesto a intentarlo. Utilizaría únicamente las posturas más caritativas, y sus hermanos doctores podrían querer unirse a él en la manifestación de sus encantamientos favoritos y más curativos.

Ashtarta, quien como su padre antes que ella tenía muy poca fe en la magia curativa de los médicos, les ordenó que salieran de la tienda. La suya era una mezcla de magia y ciencia que no era del completo agrado de la reina. Ella podía aceptar la magia en sí misma, en realidad, tenía multitud de pruebas de la eficacia de muchas de las formas de las artes místicas, pero, sin embargo, sospechaba que los médicos no eran más que meros aficionados de las ciencias ocultas. Por muy bien que arreglaran huesos rotos y cosieran heridas, ¿qué pasaba cuando era el alma la que estaba dañada? Los auténticos magos, en cambio, se habían ganado el respeto de Ashtarta de más de una forma; y ahora, siguiendo el consejo de Imthra, la reina los llamó a su tienda.

Eran siete en total, su número significaba las Siete Artes Místicas de los Antiguos, aquellos poderosos magos dioses que vinieron de las estrellas con

toda la sabiduría cuando el mundo estaba perdido en su oscura y terrible infancia; y uno de los resultados directos de los increíbles esfuerzos de los siete era que la guerra contra Khem se hubiera resuelto a favor de Ashtarta, cuando su magia puso freno a las fuerzas oscuras que habían cambiado la cara de África para miles de años en el futuro, y que, si no hubiera sido por ellos, ¡quizá hubiera acabado con el mundo para siempre!

Al comienzo de la última ofensiva de Kush, los siete se habían retirado a las más inaccesibles regiones de Gilf Kebir, y allí habían permanecido en un lugar secreto y utilizaron su magia de largo alcance siempre que el ejército de Kush necesitó su ayuda. Ahora, una docena de jinetes había salido en su busca, con órdenes de llevarlos junto a la *kandake* de inmediato, y mientras ella esperaba su llegada, que podía no tener lugar hasta pasados unos días, le preguntó a Imthra acerca de los poderes de aquellos magos.

El anciano le explicó que los poderes eran «alquimia», que no se originó en Khem, sino que ya era antigua cuando el Nilo no era más que un riachuelo; «fascinación» o hipnotismo; «nigromancia» o comunicación con los muertos; «piromancia» o el control del elemento del fuego; «oniromancia» o la interpretación de los sueños; «elementalismo» o el control de los elementos del agua, la tierra y el aire; y, por fin, «mentalismo», el uso de la mente como poder físico. Todos aquellos poderes se encontraban en los cuerpos de aquellos magos, en un grado mayor o menor; y el propio Imthra, al haber estudiado la sabiduría antigua toda su larga vida, entendía algo de todas ellas.

Como la explicación de Imthra acerca de la magia de los siete se iba haciendo más detallada y compleja, el general Manek Thotak se sentó en su silla y lo escuchó con atención. A pesar de sus ojos hundidos, el joven general parecía estar muy alerta para un hombre que entonces debería de tener una enorme falta de sueño, y sencillamente estaba allí absorbiendo todo lo que se decía. Aquel interés, que rozaba la ansiedad, no le pasó desapercibido a Ashtarta, quien lo achacó a que Manek compartía su gran preocupación por el bienestar de Khai Ibizin. Y sin embargo..., la versión de las desventuras de Khai que Manek Thotak le había dado no le había terminado de resultar satisfactoria, y mucho menos la tregua que había pactado con el faraón.

Ahora, mientras Imthra empezaba a explicar los poderes del mentalismo, que en el futuro se conocería como telepatía, telequinesia, levitación y demás, y se englobaría en las percepciones extrasensoriales en general, la reina levantó una mano y lo hizo callar. Ella también estaba muy cansada, y la cantinela de Imthra la estaba cansando aún más.

—Después, después —le dijo al anciano—. Por el momento voy a hablar otra vez con el general.

—Ashtarta —respondió Manek inmediatamente, a la vez que se erguía en su asiento y se tomaba la confianza de hablar con la familiaridad de los nombres de pila—. Siento como si te ofendiera con mi mera presencia. El polvo y la suciedad del viaje siguen pegados a mí. Estoy sin lavar y me siento tosco. Tal vez si pudiera...

—No me ofendes —lo cortó tajantemente—, nunca lo has hecho. Sin embargo, estoy bastante segura de que el cansancio ha debilitado tu mente y tu lengua, ya que todavía encuentro lo que me has contado altamente insatisfactorio. Explícame una vez más, si te parece, cómo es que el general Khai llega a estar en el estado en el que se encuentra ahora. No te dejes nada en el tintero, por el futuro de todo el reino de Khem, si es que la tierra del faraón tiene futuro alguno, este se encuentra en el resultado.

Los tres estaban sentados alrededor del cuerpo de Khai que yacía como el de un muerto sobre su lecho, y entonces Imthra suspiró y se recostó en su silla, dejó caer sus manos sobre su pecho y se relajó un momento. En el estado en el que se encontraba, la *kandake* era muy exigente. Él ya había sufrido su iracunda perorata, su llanto furioso y frustrado, y su impaciente interrogatorio durante varias horas. Ahora le tocaba el turno a Manek Thotak de nuevo y el anciano Imthra se sentía aliviado por no estar en el punto de mira.

Por el momento, la *kandake* parecía haber olvidado que le había ordenado que le diera interpretaciones de los sueños que tuvieron ambos en el lago de Yith-Shesh, y también estaba agradecido por ello. Mientras que el sueño de la reina había sido muy difícil de entender y probablemente estuviera lleno de simbolismo, el suyo había sido bastante sencillo; pero él sabía que si se lo contaba a Ashtarta, que si le daba la más mínima pista de lo que él sospechaba que significaba, se le rompería el corazón. Era mejor dejar que los siete magos vieran antes a Khai, y después contarles el mal augurio divisado entre las llamas del lago de la caverna.

Entonces, mientras Imthra estaba sentado y se envolvía en sus propios pensamientos ya cansado, Ashtarta urgió a su general otra vez, le dijo:

—Bien, ¿Manek? Estoy esperando.

—Majestad —le respondió—, ya te he contado todo lo que había que...

—Cuéntamelo otra vez, y no me suspires. ¿Cómo capturaron a Khai? —Se inclinó hacia abajo y posó su mano en la mejilla del hombre caído.

Por un momento, Manek pareció que iba a rebelarse, pero no lo hizo, en su lugar se encogió de hombros y bajó la vista. En lugar de permitir que la *kandake* viera la ira de sus ojos, miró las preciosas pieles que cubrían el suelo de arena blanca. Estaba muy claro que Ashtarta encontraba errores en la manera en la que él había manejado el asunto; puede que incluso lo culpara del estado de Khai. Tampoco es que no tuviera culpa alguna.

—Habíamos acampado en las afueras de los muros de Asorbes—comenzó tras una breve pausa—. Habíamos vencido a los khemitas allí donde nos los habíamos encontrado; nuestros ejércitos estaban agotados y necesitaban descansar. Nuestras tiendas se encontraban a unos seis o siete kilómetros de la ciudad. Teníamos algo de carne, ya que los hombres del faraón no habían podido guardar todo el ganado antes de que rodeáramos la ciudad. La verdad es que capturamos a un par de jóvenes que los estaban pastoreando, pero eran unos simples niños y los dejamos marchar.

»Así que comimos y descansamos, y los nigromantes del faraón mandaron sus plagas contra nosotros, cosa que ya he descrito antes. A la noche siguiente, cuando fuimos a parlamentar con los comandantes khemitas, capturaron a Khai. Respecto a cómo sucedió todo... —Negó con la cabeza—. Parece imposible que fuéramos tan tontos. No sospechamos nada. Lo que resulta increíble es que no me cogieran a mí también; y...

—Sí, sí, cuéntame eso también —lo interrumpió la reina—. Cuéntame cómo cogieron y secuestraron a Khai mientras que tú...

—¡Majestad! ¡Majestad! —Una sierva entró en la tienda sin ser llamada, visiblemente confusa y muy nerviosa. Se acercó inquieta y se agachó para hacer una reverencia—. Majestad, los sabios están aquí. Han venido, como se les pidió, pero, sin embargo, los jinetes aún no han regresado. Los sabios dicen que... dicen que ya sabían que usted deseaba su presencia, ¡y por eso han venido!

La enfermedad de Khai

La noche estaba entrando a escondidas cuando uno de sus hombres despertó a Manek Thotak. Ashtarta lo había mandado salir de su tienda a la llegada de los siete magos para poder estar a solas con ellos. A Imthra se le había permitido permanecer allí, a pesar de que sus talentos se veían empequeñecidos por los de los siete. Manek también habría preferido quedarse, pero él era un guerrero y no podía ofrecer nada en lo referente a las artes ocultas. La *kandake* le había dicho que lo mandaría llamar cuando estuviera preparada, o cuando tuviera alguna noticia. Ahora, ya habría tomado una u otra decisión conforme a lo que los siete le hubieran dicho, y quería verlo.

Manek se preparó, no sin cierta inquietud, se lavó la cara con agua de una jarra, se peinó la barba y adecentó todo lo que pudo su apariencia antes de abandonar su pequeña tienda provisional y dirigirse al entoldado de Ashtarta. Principalmente, estaba preocupado acerca de los magos y sus conclusiones. No hace tanto tiempo, él mismo habría puesto en duda la factibilidad de la magia en cualquier forma; y, por supuesto, habría confiado mucho antes en un brazo fuerte y una buena espada que en ponerse hombro con hombro con magos, encantadores y viejos tradicionalistas como Imthra. Sin embargo, en los últimos tiempos, había visto magia perjudicial más que suficiente como para cambiar de opinión, y ahora sabía que sin los siete magos la guerra contra Khem nunca se habría podido ganar.

Sus poderes eran tan... inexplicables... tan sobrehumanos. Porque, según decían los rumores, como Khasathut y los cinco faraones que lo precedieron, ¡estos siete magos descendían también de los Antiguos! Era por eso, o al menos eso era lo que decía la fábula, por lo que eran tan distintos de los

hombres ordinarios. Sus diferencias no se limitaban exclusivamente a poderes fantásticos...

Manek había visto llegar a los siete mientras se marchaba de la tienda de Ashtarta, y ahora lo asombraron tanto como la primera vez que los había visto. Era un grupo de extraños al que nunca podría desear encontrarse. Se habían reunido desde las siete tierras de la frontera de Khem: Siwad, Kush, Daraaf, Nubia, Therae, Araba y Syra; y a pesar de todo, en muchos sentidos, estaban cortados por el mismo patrón. Se parecían en que eran todos muy ancianos, pero, a pesar de su avanzada edad, eran vivaces y entusiastas. Se parecían en su pose, estirada y orgullosa; también se parecían en la enormidad de sus cabezas. Todo aquello los diferenciaba casi tanto como a una especie distinta. Pero claro, si era cierto que descendían de los Antiguos, era lo único que se podía esperar.

Al entrar en la tienda de la *kandake*, Manek le hizo una reverencia a esta y se giró hacia los siete magos. A pesar de que no los había visto desde el comienzo de las últimas hostilidades, sabía perfectamente el papel que habían desempeñado en la destrucción de los ejércitos del faraón. Los saludó uno a uno, les reconoció su propia deuda con ellos, así como la de Kush y la de las tierras de Siwad y Nubia. Mantuvo sus ojos alejados de los de ellos todo el tiempo que pudo, aunque los estudió con toda la atención que le fue posible y trató de adivinar su humor y el grado de conocimiento del estado de Khai que habían logrado.

Pero no, eran totalmente inexpugnables, en particular el hombre amarillo. Manek se preguntó si habrían llegado a alguna decisión. Era bien cierto que se habían tomado su tiempo para deliberar. De nuevo, dejó que sus ojos recorrieran rápidamente los rostros de los siete, allí donde se encontraban en pie con sus largas túnicas blancas, con los brazos cruzados sobre el pecho, a lo largo de uno de los laterales de la tienda.

Manek no conocía ninguno de sus nombres, pero podía reconocer sus orígenes con facilidad. De izquierda a derecha estaban el mago amarillo, de una tierra lejana del este, pero recientemente oráculo en Araba; el mago therano pálido y de barba larga; el nubio negro y de pelo encrespado, procedente de los bosques del sur de su país; el curtido y larguirucho mago de la frontera de Siwad; un mago marrón, seguro y entusiasta, de las montañas de Daraaf; un syrano erosionado por el viento y el sol de las cálidas costas del Gran Mar; y, por el fin, el propio mago eremita de Kush, un merodeador de las montañas, valles y llanuras del oeste. Y todos ellos estaban reunidos para aconsejar a Ashtarta, habían acudido en su ayuda cuando ella los había necesitado. Manek Thotak volvió a mirar los siete

enormes cabezas y sintió como un escalofrío le recorría la espalda a la vez que se preguntaba cómo funcionarían tan eminentes cerebros.

—General Manek —dijo la voz de la reina para llamar su atención—, pareces muy pálido. ¿Hay algún problema?

—Nada, majestad, excepto que... estoy preocupado por el general Khai.

La reina asintió.

—Todos lo estamos. Y tenemos buenas razones para ello.

Al mirarla donde se encontraba, junto al hombre caído, Manek pudo ver la tensión de su rostro, la gran profundidad de las sombras que tenía bajo sus jóvenes ojos. Cruzó hasta el lecho de Khai, bajó la vista para mirarlo y volvió a levantarla para mirar a la *kandake*. Por un momento se miraron a los ojos.

—General —dijo Imthra con voz temblorosa a la vez que rompía el momento mágico. Avanzó con dificultad y salió de la zona de la tienda que quedaba en sombra—. General, Khai Ibizin no está enfermo, al menos no como nosotros entendemos la enfermedad. La verdad es que los médicos no podrían hacer nada por él, puesto que su mal escapa a su terreno. Sin embargo, en el lago de Yith-Shesh tuve una visión, y mi interpretación de la misma ha sido ahora confirmada por los siete magos. Cabe la posibilidad, por supuesto, de que todos nos equivoquemos, en cuyo caso nada podrá ayudar al general Khai. Sin embargo, si tenemos razón...

—¿Entonces? —Manek cortó al anciano, de repente se le había secado la boca y no sentía sabor alguno en ella mientras esperaba a que Imthra continuara.

—Entonces necesitamos un voluntario para una misión peligrosa.

—¿Una misión?

—Así es, Manek. —La dulce voz de la *kandake*, ronca por la emoción, volvió a unirse a la conversación—. Conoces a Khai desde que vino hasta nosotros procedente de Khem. Habéis sido rivales en el juego, como guerreros habéis luchado codo con codo, habéis sido amigos y generales juntos. Lo conoces mejor que ningún otro hombre. ¿Te ofrecerías ahora para esta tarea especial?

—Yo... yo haría cualquier cosa que tú desearas, majestad, lo sabes. Pero ¿de qué misión me hablas?

—¿Nos permite que le expliquemos, majestad? —La nueva voz, que pertenecía al mago amarillo, era como un crujido de hojas, un sonido escaso. Entonces, como un único hombre, los siete se adelantaron, formaron un círculo alrededor de la figura que yacía en su lecho, Imthra, Manek y la *kandake*.

El mago amarillo se colocó justo enfrente de Manek Thotak. Entonces, giró su enorme cabeza hacia la *kandake*, sus ojos rasgados brillaron a la luz de las lámparas y dijo:

—Con su permiso, ¿majestad?

—Por favor, continúe —dijo sin dudar—. No perdamos más tiempo.

Ahora las siete cabezas asintieron al unísono, se inclinaron hacia delante y se cerraron sobre Manek Thotak como los pétalos de una planta carnívora alrededor de un insecto. El mago amarillo le habló:

—Los magos del faraón han tomado el alma de Khai Ibizin. Le han realizado el rito de la muerte de los nobles, ¡mientras aún estaba vivo! Han enviado su *ka* más allá en los siglos, y han hecho que habite el cuerpo de un no nacido.

Manek miró al mago amarillo a los ojos y le dijo:

—¿Y cómo puedo ayudar yo?

—No estamos completamente familiarizados con este rito —continuó la voz susurrante— porque se trata de una maldad realizada por los magos del faraón, para servir a su naturaleza demoníaca. De todas maneras, creemos que podemos ser capaces de duplicar su trabajo maligno. —Ahora las grandes cabezas se acercaron aún más.

—Queremos mandar tu *ka* tras el rastro de Khai, para que también vuelvas a nacer en el mismo futuro lejano y queremos que lo encuentres y lo traigas de vuelta. Esa es tu misión, Manek Thotak. Y si no se hace pronto con toda seguridad este cuerpo mortal de Khai se convertirá en un envoltorio marchito. Sin su alma, el general morirá muy pronto. Tú eres la opción ideal, puesto que lo has conocido muy bien y con toda seguridad podrás reconocerlo cuando lo encuentres.

Manek tenía la garganta completamente seca, la lengua se le había pegado al paladar. Sus ojos se movieron de los del hombre amarillo a los de sus seis extraños colegas, y de estos a Ashtarta.

—Haz esto por mí, Manek —le dijo la reina—, y tú mismo podrás elegir tu recompensa.

Entonces Manek encontró su voz.

—*Kandake*, sabes que reclamaré el mayor premio de todos.

Por un momento la reina abrió mucho los ojos, pero al poco tiempo respondió:

—Si así lo deseas, Manek, sí. Llevo un tiempo pensando que eres un hombre ambicioso. Me pregunto si es amor hacia mí o si lo único que deseas es el trono de Kush. —Levantó una mano para detenerlo antes de que pudiera contestar nada—. No importa. Como ya debes saber, mi corazón siempre ha pertenecido a Khai. Y... si él tuviera que morir yo no querría

vivir. No habría precio que no pagara por saber que está vivo, aquí, en este mundo, aunque nunca pudiera ser mío. ¿Todavía me querrías como tu reina con condiciones como estas?

—Con las condiciones que fuera, Ashtarta.

—Entonces, ¿aceptas? —La esperanza se dejó oír en su voz.

—Llevaré a cabo esta misión, sí que lo haré. Y cuando regrese... con el alma de Khai o sin ella, entonces, ¿me prometes hacerme tu rey?

Ashtarta bajó la mirada a la vez que asentía, después levantó la cabeza y lo miró directamente a los ojos.

—Lo prometo, Manek. Y si te complace saberlo, creo que hay pocos hombres en Kush que pudieran ser mejores reyes.

—Manek —dijo Imthra a la vez que se acercaba a trompicones, su voz sonaba más directa de lo que nunca recordaba haberle oído el general—, ¿no será cuando regreses, sino si regresas! Entiende, por supuesto, que no hay garantía alguna de que vayas a volver. Nadie puede predecir qué será lo que te espere en tu próxima vida. Puede que los peligros sean extremos...